

Jeremías—Hitler, restregó el cerillo. Lo arrojó cuidando que no se apagara. Las llamas se elevaron como relámpagos invertidos. Un cerco de fuego rodeó rápidamente el edificio. Se oía el crepitar de las cosas, mezclándose con gritos de dolor indescriptible.

Después de que empezaron los quejidos, Jeremías—Hitler empezó a reír. Una carcajada brutal dobló su configuración corporal. Ante él, la hoguera crecía queriendo lamer el espacio. Jeremías se desbarataba en su carcajada incontrolable. Las llamas lo envolvieron todo. Dentro, cesaron los ayes. Afuera, Jeremías, envuelto en las sombras de una noche sin fin, lloraba por el esfuerzo que le producía su estentórea, grotesca risotada.

Enloquecido, dando la impresión de que alguien le llamaba, caminó hasta adentrarse en la entraña del incendio. El fuego le recibió para consumirlo. El eco de la carcajada se perdió en el murmullo de la playa.

La isla, era un enorme chispazo flotando sobre la mar.

Donde Termina la Esperanza...

Donde Termina la Esperanza...

Con el miedo arremangado para que no le fuera a estorbar, se lanzó al agua. El estrépito producido por su cuerpo al quebrar la superficie del río, le hizo estremecerse. Sintió de pronto que el frío le horadaba la estructura ósea.

Comenzó a nadar.

La noche le arropaba con sus sombras cómplices a la vez que traicioneras. Estaba, ahora, cruelmente lejos de aquello que desde siempre había sido lo suyo, lo propio.

Las voces del recuerdo, se le agolparon en el oído:

— ¡Eustaquio! El niño, si muere . . .

— ¿Qué tiene, Engracia? — apenas pudo contestar pues sentía que el pánico le aleteaba dentro del vientre, rompiéndole las palabras.

— No sé — respondió doliente la mujer —. De presto comenzó a gomitarse y está ardiendo en calentura. Ya le unté sebo con carbonato pero cada vez es peor y no sé qué hacer.

— Pérame tantito. No lo muevas. Déjame ir por la tía Epifania.

Corrió velozmente, sin detenerse. La poca gente que andaba en la calle, se le quedó viendo con de ninguna manera disimulado asombro. Pensaban que a Eustaquio le había dado un ataque de locura. A él, en cambio, no le importaba lo que pensarán. El llevaba su terrible angustia a cuestas y la desesperanza le desencajaba el rostro.

Llegó a las afueras del pueblo. Se detuvo ante un jacal tan ruinoso que parecía a punto de derrumbarse.

Con la firmeza tónica que le proporcionaba su apremio, Eustaquio gritó:

— ¡Tía Epifania! ¡Tía Epifania!

Desde adentro, se escurrió una voz cansada y lenta:

— Voy, quien quiera que seas. Voy.

Eustaquio se sentó en cuclillas, sin dejar de retorcer las manos. Jamás había experimentado mayor angustia.

El tiempo se le hacía tan largo como si se encontrara en medio de la eternidad.

Al ver la puerta abriéndose, se levantó de un solo, ágil impulso. Una anciana con el rostro tasajado por las arrugas y visible apenas por entre los pliegues del rebozo, le miró sorprendida:

— Eustaquio, hijo, ¿qué ti pasa?

— Mi niño, tía Epifania. Mi niño que si ha puesto muy grave, y si está muriendo.

— ¿Qué's lo que tiene? — la adusta serenidad de la mujer contrastaba, en mucho, con el nerviosismo de Eustaquio.

— No sé. Engracia dice que no ha dejado de gritar y que está ardiendo en calentura. Cúremelo, tía. Cure a mi probecito niño. Usted sabe mucho de estas cosas y nada se le ha de dificultar. Si usted me lo cura, yo le doy lo que me pida.

— Pérame — dijo ella, dejando caer las sílabas con una indiferencia que a Eustaquio le pareció desesperante.

Ella regresó al interior de su humilde vivienda y volvió a salir con una bolsa de ixtle igual de amarilla que sus grandes y firmes dientes. Atrancó la puerta y le dijo a Eustaquio, casi como ordenándole:

— Vámonos.

Eustaquio volaba, más que corría. La anciana, tras de él, le iba siguiendo a duras penas, por más que ella le pidiera al hombre que tuviera compasión de su andar gastado por los años.

El sol encendía el paisaje. El sol era un flamazo. El sol calcinaba el horizonte y a ratos parecía descolgarse para dejar caer, más de cerca, su incendio astral.

Llegaron a la casa de Eustaquio. El chaval continuaba inmóvil, sobre el lecho de petate. La madre, arrodillada junto de él, no cesaba de orar, mezclando llanto con rezo.

La tía Epifania se acercó al niño para examinarlo. Le tomó el pulso. Le oprimió el estómago. Le abrió un ojo. Le restregó el cuerpo. Después, alzó el rostro semioculto para pronunciar la sentencia difícil pero ineludible:

— Llegamos tarde.

— ¿Qué pasa, tía?

— Que llegamos tarde.

— ¿Cómo?

— El niño . . . está muerto . . .

— ¡Muerto!

Un grito increíble, como alarido de bestia, se escapó de los labios de Engracia, que se fue doblando hasta quedar desmayada al lado del breve, escuálido cadáver de su hijo.

Muerto.

Le desmoronó el hambre, la miseria, las privaciones acumuladas durante cada minuto de su efímera existencia. Muerto. Cuando ni siquiera acababa de completar un año. Muerto. Enfermo siempre. Alimentado a medias, cuando era posible, como los niños de los demás. Como los hombres y las mujeres del pueblo, a excepción de don Cosme el tendero, de Jonás el prestamista, de Rebeca la mujer pública, de don Roberto el ladrón de las tierras.

Muerto.

Eustaquio estaba y no estaba ahí, en el centro de su espantosa tragedia, en el vértice de su dolor, en la cúspide de su tristeza. Eustaquio se sentía desfallecer y sin embargo, permanecía de pie, mirando como si fuese un demente sin habla, los cuerpos de su mujer y su hijo. Se observó con estupor las manos. Manos absurdas que nunca pudieron arrebatarse a la tierra de labranza, el fruto que necesitaba para alimentar a los suyos. Manos torpes que nunca pudieron vencer la adversidad. Manos inútiles que no

supieron defender el patrimonio de la comunidad. Manos rotas, huecas, vacías.

Eustaquio no lograba desembarazarse del llanto. Comenzó sí, a reír muy fuerte, estertóreamente. A desbaratar su dolor en carcajadas brutales hasta que algunos vinieron y le friccionaron con alcohol y le dieron de beber un poco de café caliente mezclado con sotol.

Después, el rito que se lleva a cabo cuando un aliento se apaga.

A horadar la tierra para hacer la fosa. A formular tratos con el cura, de modo que se cumpla con las formalidades religiosas. A solicitar la ayuda de las almas caritativas para comprar una caja de madera mal hecha, mal pintada y mal clavada. A velar el cuerpo. A rezar el rosario. A recibir las condolencias de familiares, amigos, vecinos y compañeros. A consolar, sin palabras, a la inconsolable y deshecha Engracia. A sentir el frío inmisericorde de la más cruel y espantosa de cuantas soledades le habían herido. A cargar el féretro sobre del hombro débil y cansado. A presidir la procesión, resquebrajando los lamentos con el estallido de los cohetes que sirven para anunciar el estreno de un angelato. A oír el doblar del campanario, como eco entristecido del palpar estrujante de su enfebrecido corazón. A escuchar el fervorín del oficiante, aconsejando resignación ante la impenetrable voluntad de Quien otorga y escamotea bienes, de Quien da y quita la vida. A recorrer el camino y bajar por la vereda que conduce al camposanto. A guardar los restos del hijo inolvidable y bien amado, en la cavidad que sus propias manos habían hecho. Y a cubrir los despojos, amorosamente, para luego fijar, sobre la tumba, dos varas en forma de cruz, con el nombre del niño y con las fechas de su inicio y de su término vital.

Después . . .

— Yo me voy pa'l otro lado, Engracia - se atrevió a decir, finalmente, lo que había pensado durante muchas noches de desvelo y de congoja.

Engracia no creía que su marido estuviese hablando en serio.

— De verdá te lo digo. Me voy de mojado.

— Por Dios, Eustaquio. ¿Y qué quieres que me quede a hacer aquí, sola con los recuerdos, sin tenerte tan siquiera cerca pa'llorar entre los dos y que nos toque di a menos en esta pena que el Señor nos ha mandado?

— No hagas que si me dificulte más . . .

— Eustaquio, tú estás juyendo de la memoria de nuestro hijito y de todos nosotros.

— No, Engracia. Ya lo he pensado bien y no creas que mi ha sido fácil. Voy a apalabrarme con tus padres pa' que si hagan cargo de ti, por mientras que yo regreso. Yo me voy, ya te digo. Estoy jarto de aquí, d'este lugar en el que nada más venimos a saber lo qui es sofrimiento. Estoy cansado de trabajarle a don Roberto, siendo que esas tierras jueron nuestras y nomás por miedosos dejamos que nos las robara. M'he propuesto di aquí en dilante, darte lo qui mereces, pa'ver si vale por todo lo que tú has sofrido por mi culpa. Quero verte estrenando rebozo, falda, blusa, zapatos y hasta jacal. Quero verte las orejas con arracadas de las grandes, de las que te gustan cuando vamos a la feria de San Tiburcio. Quero que nunca ti falte alimento del güeno, por lo que no pude darle di comer a nuestro hijito. Ya no quero ser probe, Engracia, porque ora sí, entiendo que no hay pior pecado que'l de la probeza.

— Eustaquio, si me dejas, van a enfermarme la soledá y la tristeza.

Desatarse de los brazos de Engracia, le costó mucho esfuerzo. La llevó a casa de los padres de ella y después de hablarles largamente, partió sintiendo que el llanto estaba a punto de reventarse dentro del pecho.

Arrastrando su desolación, se fue en compañía de varios hombres del pueblo y de otras comunidades vecinas.

Aunque tratara, jamás podría olvidar los sinsabores que fue recogiendo en el recorrer del camino. Los pocos haberes se le iban diluyendo con sorprendente y malhadada facilidad. En cada lugar a donde llegaban, les era preciso búscar trabajo de lo que fuera y a como fuera. Cuando la ocasión no se prestaba para procurar empleo, hacían a un lado las inhibiciones y se dedicaban a recorrer las calles, mendigando, solicitando la misericordia de la gente.

Cerca ya de la frontera, en pleno camino, un día aborrecido le venció el cansancio. Después de muchas noches de desvelo, no pudo más. El organismo, agotado, se rindió de pronto. Quedó dormido sin que pudiera tomar las precauciones acostumbradas. Y cuando despertó, le habían vaciado el bolsillo. Le hurtaron, incluso, la medalla con la imagen del Santo Niño de Atocha mandada a bendecir, que Engracia le había enredado en el cuello el mismo día de la boda.

— Pa' que te cuide mucho — le había dicho temblorosa de fervor.

Aunque le doliera en lo profundo, ni para qué lamentar el robo. Tampoco se atrevió a comentarlo. Sabía que era por demás inútil. Optó por callarse.

Hasta la cuenta había perdido de los días que tardaron en llegar a la frontera. Un hombre de aspecto siniestro y sucio, les trasladó al río. Iban amontonados en una camioneta vieja, como si fueran ganado. Tragando el polvo de veredas escamotea-

das a la vigilancia policiaca. Aquel hombre era el encargado de dejarles justo en la ribera. Cuando arribaron a la orilla del río, ya era de noche. Bajaron del vehículo y se fueron dispersando en grupos.

Eustaquio se quedó solo. Tuvo, repentinamente, miedo de la noche, del río, de la soledad, del cántico de los grillos, del viento que comenzaba a estremecer el esquema de los arbustos.

Cuando Eustaquio estaba a punto de arrojarle en lo que sería el final de su aventura, sin poderlo evitar, recordó al hombre acicalado y vehemente -"Zaratustra Ramos, para servirles ahora y en cualquier momento"- que había visitado al pueblo en su campaña como candidato a la gubernatura del Estado.

Junto a un numeroso contingente de la misma comunidad, Eustaquio acudió al mítin en la plaza de armas de la cabecera municipal. Eustaquio estaba sorprendido. Nunca antes había visto tantas personas reunidas. Nunca había presenciado tal ajetre. Jamás oyó alharaca semejante. Le dieron una banderita con el retrato del candidato para que la agitara cuando éste pasara por entre la valla. Pero Eustaquio se sintió ridículo y prefirió guardar la banderita en su morral.

Los minutos se alargaban en medio del estrépito de las banderas de guerra, de la banda del municipio y de los conjuntos musicales. Hasta que muy más tarde de lo programado, se anunció la presencia de Ramos. Y una marejada de aplausos y de vítores se volcó sobre de él.

Cuando abriéndose paso entre la gente, Zaratustra Ramos logró subir a la tribuna para dirigirse al pueblo, Eustaquio le puso toda su atención. Por eso, pese a los días transcurridos desde entonces, las palabras le seguían resonando en el recuerdo:

- A ustedes -Zaratustra asumía el aspecto del redentor sincero y angustiado- no les voy a hablar con engaños o con promesas huecas. Les prometo, únicamente, lo que como hombre

cabal habré de cumplir, si el voto me favorece. Nadie quedará sin tener un pedazo de tierra para trabajarla. No olvidemos que el país sigue en deuda con el campesino, porque han sido ustedes los que han dado mayor aportación de vidas a todos los gloriosos movimientos armados que, desde la Independencia, conforman nuestra historia nacional. El progreso de la Patria, en mucho, se debe a quienes como ustedes se aferran al campo a pesar de las injusticias, de la incomprensión y de las traiciones de que son víctimas por parte de los buitres que revolotean sobre el paisaje del país y a los que debemos denunciar con energía y decisión, para que no sigan causándole daño al agrarismo nacional.

"Si la voluntad mayoritaria me hace acreedor a su confianza, no me limitaré a administrar desde las oficinas del Palacio de Gobierno, porque ello significaría desligarme de todos ustedes. Por lo contrario, volveré a recorrer los empolvados caminos de estas comunidades que tan generosamente me han recibido, y ¡ay de mí! si dejo pasar un día ¡un sólo día! sin que haga algo en beneficio del campesinado, porque entonces estaré faltando a mis deberes y ustedes tendrán todo el derecho que cabe en el mundo, de acusarme con severidad. De ser así, aceptaré mi culpa y me propondré, empeñosamente, corregir los errores en que haya incurrido, nunca de mala fe, siempre con la más buena voluntad de servir a mis conciudadanos, a mi Estado y al país."

Cuando el candidato -¿Zaratustra? ¿Dé qué calendario escogerían sus padres ese nombre tan raro?- concluyó con su vibrante, enardecida alocución, la gente le aplaudió en una interminable y esperanzada ovación. Las palmas de las manos resultaban insuficientes para manifestarle el respaldo que, desde ya, estaban dispuestos a brindarle. No faltaba más.

Con Ramos, nuevamente volvía a encenderse la chispa de la ilusión. Ya era tiempo de que alguien hiciera algo por los humildes. Porque otros, antes que él, habían llegado a prometer la redención y luego no regresaban. Sepultaban sus promesas en el olvido, en tanto que la miseria seguía socavando la difícil existen-

cia de aquellos pueblos perdidos en el paisaje amargo de la desolación.

Sólo que la chispa volvió a apagarse. Pues tan luego Ramos asumió el poder, las circunstancias se agravaron, el problema de la propiedad comunal hizo crisis. Don Roberto y sus malditas guardias blancas les despojaron de las tierras de cultivo. Los mercenarios del odiado latifundista, les incendiaban las cosechas, los destruían sin compasión. Tumbaban las humildes viviendas, embozados en las sombras de la noche. Mataban a los que se oponían. Los torturaban. Los colgaban de los árboles, para escarmiento del que no quisiera entender que la única Ley verdadera era la voluntad de don Roberto.

Aquello era desesperante. Las familias sufrían el despojo de lo que les pertenecía, de lo que les permitía alimentar a sus críos.

A hurtadillas, se organizó la asamblea de los ejidatarios. Unánimemente se acordó que una comisión presidida por don Chema Llepés, se trasladara a la capital del Estado con el propósito de entrevistarse con el Gobernador y solicitarle su ayuda y su respaldo.

— Miren nomás a lo q'hemos llegado. Si el Tata Lázaro supiera lo qui han hecho con la orden de que se nos dotara de tierra . . . Tanto luchar pa' nada. Lástima ser tan probes, porque ansina ¿quién se anima a ayudarnos? Don Roberto, en cambio, tiene harto dinero y harta fuerza política, de modo que vamos a tener qué caminar cuesta arriba, a contra-corriente, a la buena de Dios.

Don Chema era el más respetado de todos los hombres del pueblo. Porque era un hombre que a su ancianidad aparejaba una vasta experiencia y un amplio criterio cuando se trataba de darle solución práctica a los problemas que se podían resolver en el seno de la comunidad.

La comisión — don Chema — portaba, con celoso cuidado,

los documentos que a favor de los ejidatarios había expedido la Presidencia de la República durante el período cardenista. Los comisionados confiaban en ser escuchados por Zaratuza Ramos, recordando que les había prometido vigilar por la defensa de los derechos agrarios.

Pero la realidad fue muy distinta a lo que esperaban, después de llegar a la capital del Estado y de apersonarse en el Palacio de Gobierno. De ahí se les mandó sacar a empellones, vilipendiados por la guardia armada.

— ¡Mugrosos . . .! ¡Nomás vienen a ensuciar estos lugares que son para la gente decente! ¡Vuélvanse a su cochino pueblo!

Entre tantos que se burlaban de ellos o que les veían con desprecio inocultable, alguien que pasaba junto de su escarnio, les aconsejó presentarse en los diarios.

— De esa manera, el Gobernador se enteraría de lo que ustedes quieren . . .

Reanimados en sus propósitos, acudieron a los rotativos más importantes. También ahí se negaron a escucharlos. Empleados menores se rieron del aspecto de los comisionados, de su humildad, de su timidez, de la pobreza que no podían ocultar porque la llevaban estampada en el espíritu.

Les cerraron las puertas. Quedaron otra vez afuera. Volvieron a la calle sin haber sido escuchados. Sufrían, sin palabras, el rechazo de todos, la impotencia de su desventaja, la laceración de su angustia.

Todavía don Chema tuvo la entereza suficiente para entrevistarse con los dirigentes estatales de la Liga de Comunidades Agrarias. Pero los dirigentes les dijeron que más valía no seguir en el intento, que desistieran de sus intenciones, que renunciaran a sus derechos porque don Roberto era muy amigo, a más de

compadre y compañero de farra, del Gobernador. Y cualquiera en el Estado estaba enterado que gozaba de enormes influencias. Don Roberto, además, era terriblemente difícil de tratar. Despótico y brutal, conseguía lo que deseaba a como fuera, a precio de sangre, a costo de vida.

Fue lo último que pudieron soportar. No había más que hacer, sino regresarse al pueblo.

Llegaron decepcionados, tristes, arrastrando con agobio su derrota. Pero aún tenían que padecer otra tragedia: al día siguiente del regreso, el pueblo apareció estupefacto, con el asombro cimbrando el paisaje: encontraron a don Chema - el cadáver - balaceado al igual que su mujer y sus seis hijos.

Un coraje como vendaval les sacudió el alma. La indignación les quemaba las manos, el vientre, la garganta. Pero los congeló el miedo. Sabían que no contaban con nadie que les ayudara. De modo que se concretaron a sepultar a don Chema, a su mujer y a sus hijos.

No había más que hacer.

Don Roberto, envalentonado, se dedicó a acosarlos con despiadada ferocidad. Y al límite del barranco, entre el vacío y la pólvora, sobre el filo de la navaja, junto al barrunto de la tempestad, entre el estallido de la tormenta, cerca del cataclismo, próximos al incendio, dejaron que las tierras quedaran en poder del soberbio cacique. Y poco a poco, fueron presentándose ante don Roberto para solicitarle que les empleara en trabajar los surcos que hasta entonces les habían pertenecido. El hambre les doblegó el último vestigio de resistencia.

— Desgraciados -rechinó Eustaquio entre los dientes, desmenuzando las sílabas.

Le dolía el recuerdo de la tragedia propia, de los suyos y

de quienes habían sufrido el drama de nacer pobres e indefensos.

Rompió el encadenamiento de sus remembranzas. Estaba otra vez ahí, cerca del río. Estaba otra vez ahí, lejos de todo y junto a la ilusión. Volteó a contemplar el camino recorrido. A distancia, veía las luces parpadeando como si fueran luciérnagas eléctricas. ¿La Patria? No podía ser aquel lugar, duro e inmovible, que destruía el espíritu de la gente con crueldad impene-trable. No podía ser aquel manojito de poderosos que se complacían en saquear lo que encontrarán, con voracidad y rapiña. No podía ser aquella camarilla estructurada a base de compadrazgos y amiguismo, con impunidad para el hurto y el asesinato, siempre en detrimento de los humildes.

Eustaquio sintió que las lágrimas se le desbordaban en caudal incontenible. Las sabía en el borde de los ojos, en el cauce de las mejillas, en la ribera de los labios. Las lágrimas. Le impedían penetrar, con la mirada, las tinieblas que le circundaban.

El grito rasgó el terciopelo oscuro de la noche. Enseguida oyó un disparo. Ruidos. Pasos apresurados.

Eustaquio se santiguó. Volteó para todos lados. Y con el miedo arremangado para que no fuera a estorbarle, se lanzó al agua. Sus brazos comenzaron a cortar la superficie del río, con lentitud, con nerviosa precaución.

El grito en inglés lo oyó demasiado próximo. Un proyectil le salpicó de pólvora. El río, de pronto, se embarró de plata.

Las luces. Las linternas pasaban por donde él detenía sus movimientos. Las luces. Las voces de los que hablaban inglés. El grito. Engracia. El niño. El río. El hambre. Don Roberto. El gobernador. Zaratustra. La Patria. ¿La Patria? ¡La Patria!

La muerte . . .

Eustaquio, ya no fue sino un cuerpo flotando. Lejos, espantosamente lejos de Engracia. Cerca, dolorosamente cerca de su ilusión. Justo en los linderos del espejismo.

Un desconcierto de ladridos salpicaba la oscuridad. Como si fuese un gemido distorsionado. Como si la muerte de Eustaquio hubiese convulsionado la entraña de la noche.

Eustaquio ya no fue sino un cuerpo flotando. Como una mojonera hecha de carnes y de hueso que sirviera para indicar, a los peregrinos del hambre, dónde está situado el lindero de la esperanza . . .

La Mina